

Prólogo

Febrero de 1754

Posada del Carnero, Nether Greasley, Yorkshire

*E*l oficial de casaca roja entró como una exhalación en la posada de techos bajos, pisando con fuerza el suelo de baldosas.

—¿El teniente Moore? —preguntó.

El posadero salió a su encuentro apresuradamente, asintiendo con la cabeza redonda y calva.

—El caballero está un tanto ocupado, señor. ¿Le apetece una cerveza mientras espera?

No era de extrañar que pareciera nervioso el hombre. El impetuoso oficial era joven, pero la tensa expresión de su rostro de finos huesos resultaba amenazante, y los jóvenes eran los peores. El uniforme impecable y el pelo empolvado tampoco ayudaban, sobre todo porque llevaba una espada al cinto.

—Traigo un importante mensaje —dijo el oficial con ese acento entrecortado del sur—. ¿En qué habitación está?

Jacob Hood estaba acostumbrado a vérselas con los más rudos borrachos, pero frente a una autoridad armada, ¿qué otra cosa podía decir salvo un «está arriba, señor, la primera puerta a la derecha»?

El oficial subió con presteza las escaleras, las espuelas y el cinturón del que pendía la espada tintineaban, y sus botas de caña alta aporreaban el suelo de forma inquietante. Hood se dispuso a seguirlo, pero se lo pensó mejor y se apresuró a avisar a los mozos de cuadra y criados de la posada mientras refunfuñaba por la llegada de gente conflictiva a tan respetable posada.

Aunque ya lo había intuido nada más ver entrar a aquella pareja; otro joven oficial, si bien no tan joven como el que acababa de llegar, con su «mujer» envuelta en una capa. Tal vez fuese la esposa del segundo hombre, aunque parecía joven para estar desposado. No debía de tener ni 20 años. La que se iba a armar.

En el piso de arriba, el teniente Christian Hill abrió sin titubeos la primera puerta de la derecha. La habitación tenía el techo bajo y una pequeña ventana por la que entraba muy poca luz, pero el desagradable olor era indicio de lo que estaba sucediendo ahí. El hombre que estaba en la cama dio un respingo, blasfemó y rodó para descabalgarse a la mujer que tenía debajo.

Hill sólo pudo lanzar una fugaz mirada de consternación hacia la víctima de ojos en blanco, porque Bart Moore se abalanzó sobre la correa de la que colgaba su espada, tirada en el suelo junto con su ropa de abrigo, y desenfundó el arma. Era un hombre robusto de hombros anchos, pelo de color arena y mandíbula cuadrada, y estaba casi totalmente vestido aparte del pene flácido que asomaba por el faldón.

— ¡Maldita sea, Moore!

Pero el hombre esgrimió sin piedad la espada con fiereza; dispuesto a matar. Hill se agachó, rodó por debajo de la cama y se levantó al otro lado todo polvoriento, espada en mano.

— No seas idiota, chico. En realidad, no quieres hacer esto.

— No eres más que un crío, ¡qué sabrás tú! — exclamó Moore—. ¡Lárgate mientras puedas!

Hill no era de complexión tan robusta y tenía el rostro más afilado, pero habló con solemne determinación.

— Sólo me iré con la señorita.

— Menuda presunción, sir Galahad — se mofó Moore—. Ella no quiere irse. Estamos a punto de casarnos, ¿verdad, cariño? Sobre todo después de esto.

La niña (porque era una niña que apenas había hecho el cambio) no emitió sonido alguno, pero meneó la cabeza enérgicamente mientras se cubría de nuevo con la falda sus delgadas y pálidas piernas.

— Eres un desaprensivo... — dijo Hill volviéndose hacia Moore.

La ira se apoderó del rostro de Moore, que bordeó veloz la cama para golpear con fuerza a Hill en la cabeza. Hill se agachó, pero el golpe hizo una muesca en la gruesa columna de roble de la cama.

En ese instante la chica ahogó un grito, pero ninguno de los dos hombres pudo prestarle atención. Entrechocaron espadas hasta que Hill logró que la mesa de roble se interpusiera entre ambos.

— ¡Sé sensato! — dijo Hill jadeando —. No querrás morir por esto.

— ¿Te da miedo pelear, muchacho?

Llevado por la furia, Hill saltó por encima de la mesa, lanzando una patada para ahuyentar a su adversario, y se abalanzó sobre él con ferocidad. Las colgaduras de la cama se desgarraron; de la madera saltaron astillas y Moore contraatacó con mirada asesina. Hill lanzó una silla contra las piernas de Moore.

— ¡Has perdido el juicio, piensa!

De una patada, Moore mandó la silla al otro lado de la habitación.

— ¡Lárgate! Lárgate o te atravesaré como a una gallina. — Blandidió la espada hacia Hill.

Hill levantó una segunda silla de tal modo que la punta de la espada de Moore se hundió varios centímetros en la madera, quedándose allí clavada. Hill pudo haberlo matado entonces, sin embargo retrocedió jadeante.

— ¿Paras ya?

Moore puso un pie en la silla, arrancó la espada de ésta y la esgrimió con una fuerza brutal al tiempo que soltaba un gruñido. Hill impidió el golpe y le hizo un corte a Moore. Le salió sangre del brazo y entonces Hill retrocedió de nuevo, pero su oponente aulló furioso mientras la herida le sangraba a chorros. Quiso atacar a Hill apuntándole con la espada al corazón.

Hill se apartó de un salto y giró la hoja de la espada, pero no fue lo bastante rápido. La punta del arma le rasgó la casaca abierta y le traspasó el chaleco que le cubría el torso. Se tambaleó hacia atrás con una mano sobre la herida.

Moore chilló victorioso y levantó su espada por encima de la cabeza para asestarle el golpe final. Pero en ese momento tan crucial de pronto se abrió la puerta y los sirvientes de la posada irrumpie-

ron en la habitación. Moore titubeó sólo durante unas décimas de segundo, pero fueron fatales, porque Hill atravesó el corazón de su oponente con la espada.

—¡Ha habido un asesinato! —chilló alguien, y todo el mundo se alarmó.

Tres hombres sujetaron y desarmaron al jadeante vencedor sin prestar atención al corte ensangrentado de su chaleco blanco. Otros dos corrieron hacia el hombre muerto.

—¡Liza, Liza! —gritó el posadero—. Corre a buscar al magistrado, mujer. ¡Ha habido un asesinato!

Eso le pasaba, pensó el teniente Christian Hill, por intentar salvar a una damisela en apuros. Era la primera baja que causaba, una baja del todo inútil.

Lo obligaron a sentarse en la sólida y maltrecha silla, y a permanecer ahí bajo la amenaza de un cuchillo de cocina sucio (un cuchillo que le rebanaría el cuello de una sola pasada y que blandía un hombre que no parecía reacio a hacerlo).

—Está muerto, señor Hood. No pudo defenderse —dijo uno de los hombres arrodillados junto a Moore.

—Por supuesto que sí —repuso Christian, presionándose el costado herido con una mano. Había un rayo de esperanza, porque parecía un simple corte—. Moore me ha atacado primero y era por lo menos tan buen espadachín como yo.

—Lo que usted diga —le interrumpió el posadero—. ¿Y quién va a pagar todos los desperfectos?

—Yo mismo. —En ese momento el dinero era el menor de los problemas de Christian. Necesitaba un testigo de la pelea. Se atrevió a volver la cabeza y mirar hacia la cama. Estaba vacía.

—¿Dónde está la chica? —preguntó.

—¿La joven que iba con él? —repuso el posadero—. Por lo visto se ha ido hace un rato.

—Estaba ahí, en la cama.

Christian quiso moverse para mirar, pero notó la presión del cuchillo de cocina. Volvió rápidamente a la posición inicial, mirando con indignación al hombre escuálido, que evidentemente no se había movido ni un solo centímetro para evitar degollarlo.

Entonces giró la cabeza a un lado para mirar de nuevo hacia la cama. Estaba seguro de haber visto a la chica, pero aparte de las sábanas retiradas y arrugadas no había ni rastro de ella.

El sonido de unos pasos y de diversas voces anunció la llegada de alguien más. Christian rezó para que fuese el magistrado. Le parecía menos arriesgada la presencia de un caballero que la de esos despiadados palurdos. No podía volverse hacia la puerta, pero veía parte de la misma reflejada en un pequeño espejo.

Quien entró no era un magistrado. Una mujer de mediana edad irrumpió en la habitación como un guerrero, su pechera y prominente barriga parecían velas desplegadas por el viento. Christian ignoraba quién podía ser, pero la examinó como si su vida dependiera de ello. Cosa perfectamente posible.

La mujer no iba sola. Dos hombres se plantaron tras ella, hombres musculosos de amenazantes puños de gruesos nudillos, aunque no tenía aspecto de necesitar protección. De no ser por su delantera, la habría tomado por un hombre con vestido. Tenía una mandíbula pronunciada enmarcada por unos carrillos flácidos. Sus ojos, meras ranuras que asomaban entre pliegues colgantes, consiguieron escudriñar la habitación con frialdad e ira a la vez.

—¿Dónde está mi sobrina? —preguntó por fin con el acento monótono de esa parte de Yorkshire.

El posadero no paraba de hacerle reverencias, nervioso.

—¿Se refiere a la señorita que iba con el oficial, señora? Se ha marchado, señora. Se ha ido antes de que ocurriera este desastre.

—¿Es usted el tal Moore? —Posó sus ojos en Christian.

—Ni Moor ni Dale, sólo soy un Hill*.

A la mujer no le hizo ninguna gracia y le repasó el cuerpo con mirada de acero.

—¿Ése es Moore? —quiso saber.

El posadero avanzó arrastrando los pies.

—Sí, señora. Por lo menos ése es el nombre que dio.

* Respuesta en tono jocoso del protagonista que juega con el significado de su apellido en inglés. En español «hill» es colina, «moor» es páramo y «dale» es valle. (N. de la T.)

—Está medio desvestido y con sus partes íntimas al descubierto. ¿Tiene usted muchos huéspedes que se presenten aquí por la tarde y se desnuden así cuando están solos?

—Mmm... no, señora.

—¡Dorcas! —gritó la mujer mientras se daba con la fusta en la palma de la mano enguantada.

Se oyeron unos pies arrastrándose y una polvorienta cabeza asomó por el extremo más lejano de la cama, con una expresión más aterrorizada que antes, si cabe.

—No la intimide —dijo Christian con un hilo de voz, aliviado. Tenía un testigo—. Ya ha sufrido bastante...

—¿Eso cree? Lo que sea que le haya pasado ha sido enteramente por su culpa, y ahora encima hay un hombre muerto. ¡Levántate, niña!

La tal Dorcas se puso de pie con dificultad y se rodeó el cuerpo con los brazos mientras las lágrimas resbalaban por sus polvorientas mejillas. Si la silueta de su tía era de una feminidad agresiva, la de la joven era todo lo contrario. Pese al colorete de sus mejillas, era plana de pecho como un chico. Había llevado el pelo castaño desvaído recogido con horquillas, pero ahora unas greñas onduladas le caían alrededor de su afilado rostro. ¿Qué habría visto Moore en ella?

Su fortuna. Al menos ése era el rumor que había impulsado a Christian a correr esa alocada aventura. Moore había pretendido echar a perder a una heredera locamente enamorada forzándola a contraer matrimonio. Tenía que estar muy desesperado para necesitar el dinero de esa pobre niña.

—Has destrozado tu vida, boba, ¡más que boba! —dijo la mujer—. La directora de ese colegio tan estrafalario al que tu madre insistió que fueras ha puesto el grito en el cielo al descubrir que te habías escapado.

—Lo siento... —susurró la joven—. Creía que...

—¿Qué es lo que creías? —le soltó su aterradora tía—. ¿Que te *amaba*? —Hizo especial énfasis en esa última palabra—. ¿A una mequetrefe escuálida como tú? Señor, ¡estoy rodeada de idiotas! Y ahora está muerto, así que tendrás que casarte con él.

La chica miró atónita hacia el cadáver y puso los ojos en blanco. Christian miró fijamente a la mujer, preguntándose si estaba loca.

— Con él, no, tonta. Con él. — Estaba señalando a Christian.

— Señora...

— Cállese. — Aquellos impresionantes carrillos se volvieron hacia él—. Usted lo ha matado, jovencito, de modo que ocupará su lugar.

— ¡Y un cuerno! — Christian quiso incorporarse, pero notó de nuevo la punta del cuchillo—. ¡Váyanse todos al infierno!

Uno de los esbirros de la mujer se movió hacia delante, dispuesto a darle un puñetazo a Christian.

— ¡No! — ordenó la mujer. En medio del gélido silencio, habló con rotunda serenidad—. No soporto las blasfemias, muchacho, de manera que modere el vocabulario. Y sea sensato. Sólo tiene una alternativa, y es la horca.

— Entonces probaré suerte con la ley — le soltó Christian jadeando, con todos los nervios en tensión por la ira.

— ¿De veras? Yo no entiendo de duelos, pero me de la impresión de que esto no ha sido un duelo propiamente dicho. — Al ver que Christian no contestaba, la mujer sacó un monedero de cuero del bolsillo y se dirigió a todos los presentes haciendo tintinear su contenido —: ¿Ha dicho alguien que había sido un asesinato a sangre fría?

— Así es, señora — dijo un hombre al cabo de unos instantes—. El otro hombre estaba de cara a la puerta y él lo ha atravesado con la espada.

— Señora, a Dios pongo por testigo de que ha ido directo a matarlo — declaró el posadero—. Ha sido un asesinato, no me cabe ninguna duda.

— Seguro que quería quedarse con la chica — dijo una mujer desde el fondo de la multitud, ansiosa por obtener su parte de la recompensa.

— Entonces le daremos lo que quiere, ¿verdad? — dijo la tía, volviéndose para mirar a Christian con una especie de sonrisa macabra.

Christian podía casi notar la soga al cuello, pero seguía prefiriendo un juicio. Si lograba salir de ese manicomio, podría ir a pedir

ayuda a su familia. Hervía de rabia sólo de pensar en tener que contarle a su padre ese fracaso, pero era mejor que la horca.

Le lanzó una mirada suplicante a la joven para que diese su testimonio, pero tenía la mirada perdida en algún punto y se abrazaba el tronco, temblorosa. Estaba aterrorizada.

¡Qué suerte la suya! Christian dejó de apretar los dientes y procuró hablar en un tono razonable.

—Señora, tal vez podamos hablar del tema con un poco más de calma y sin tantos testigos.

—Estas personas saben lo que saben y saben que usted lo ha matado.

Un murmullo de aprobación recorrió el dormitorio.

—Pregúntele a ella —dijo Christian, fulminando a la chica con la mirada—. Le diré que la pelea ha sido lo más justa posible.

—Me da igual. Dorcas necesita un marido.

—¿Y casarse de esta forma no será en sí un escándalo?

—El matrimonio lo tapa todo.

Por desgracia, era verdad.

—Pero no puede hacerse de cualquier manera —objetó Christian desesperado—. Hay unas leyes... —Ignoraba cuáles eran—. ¡Sólo tengo dieciséis años! —protestó. ¡Maldición! Aquello había sonado patético—. Soy un oficial del ejército —dijo entonces con más dignidad— y no puedo contraer matrimonio sin el consentimiento de mi coronel.

—Pues no se lo diga —repuso la mujer impasible.

—¿Cómo? —Christian la miró boquiabierto.

Antes de que pudiese decirle a la mujer lo injurioso que era su planteamiento, un revuelo en la puerta, a sus espaldas, le indicó que había llegado alguien más. ¿Sería el magistrado por fin? Trató de volverse, pero notó de nuevo la presión del cuchillo. Mientras soltaba improperios entre dientes, miró hacia el espejo suplicando ayuda.

Vio a un hombre bajo y gordo con peluca corta y chata, vestido de negro. ¿De dónde diantres había salido? A Christian le pareció un verdugo.

El clérigo se detuvo al ver el cadáver y empezó a retroceder, pero el público atónito se había agolpado tras él.

—¿Ha venido para oficiar un enlace? —preguntó la mujer.

—Mmm... Sí, para casar al teniente Moore, señora... —Sus ojos, unas pasas diminutas en un rostro redondo, rubicundo y brillante, miraron de un lado a otro y se posaron en Christian. Lo miró con fijeza, tragó saliva y entonces dijo—: ¿Es usted el teniente Moore, señor?

—No —contestó Christian.

El clérigo desvió la mirada hacia el cadáver.

—¡Oh, no, no, no! —El hombre extrajo un pañuelo para enjugarse el sudor que brillaba en su piel. Christian tenía también un calor horrible, tanto por la rabia sentida como por la tensión que había en la habitación.

—¿Trae una licencia? —inquirió la mujer.

El hombre se giró hacia ella.

—Mmm... Sí, señora. La... la ley me autoriza a conceder licencias y a... oficiar enlaces. Aunque suelo hacerlo en una iglesia. Me habían dicho que la novia debía guardar cama.

—Puede hacerlo, si insiste —dijo la tía.

¿Lo de «guardar cama» lo había dicho Moore con doble sentido? ¿En qué demonios había consistido el plan? ¿Cómo pretendía obligar a la chica a casarse con él? Pero entonces Christian pensó en la determinación de la tía. De seguir Moore con vida, ya estaría casado con la joven.

El clérigo seguía enjugándose la frente y saltaba a la vista que hubiera deseado estar en cualquier parte del mundo menos ahí. Christian rezó para que pusiera reparos, pero ante la conducta de la tía y sus dos esbirros, y el estado de ánimo de la convencida multitud, no le sorprendió que el hombre dijera:

—Naturalmente, si todo está en orden...

Miró hacia la chica, pero interpretó su estado de inmovilidad en sentido afirmativo. Christian había oído hablar de novias y a veces novios a los que arrastraban hasta el altar, atados y amordazados, y obligaban a asentir con la cabeza para aceptar los votos. ¿No habían cambiado recientemente la ley respecto a cosas como ésa? De ser así, la noticia no había llegado a ese rincón perdido en la nada.

El clérigo se acercó a la mesilla y sacó un documento doblado de una vieja carpeta. Alisó el papel, extrajo pluma y tintero, y empezó a enmendar la licencia.

Christian observaba con incredulidad. Todo el mundo sabía que había clérigos dispuestos a hacer la vista gorda ante casi cualquier impedimento y que casaban prácticamente a cualquiera a cambio de dinero, pero era imposible que eso le estuviese pasando a él.

—¿Su nombre, señor? —dijo el hombre volviendo la cabeza hacia Christian.

—Esto es una aberración —protestó Christian—. Yo no he hecho nada malo. Me enteré de lo que planeaba Moore y vine aquí para rescatar a la chica.

No vio cambio alguno en las expresiones de quienes lo rodeaban. Los sirvientes de la posada no parecían hostiles, de hecho, parecían más bien espectadores disfrutando de una obra de teatro, pero decididos a que ésta continuara. O una turba romana, pensó Christian desolado, deseosa de ver a alguien devorado por los leones.

—Si quieren dinero a cambio de testificar —le dijo Christian al público—, pagaré más que ella.

Detectó cierta reacción en los presentes, pero entonces dijo un hombre:

—Veamos su oro, pues.

Naturalmente, no llevaba encima más que unas cuantas monedas y, a decir verdad, tampoco es que tuviese una gran fortuna. Era el heredero de su padre, pero su padre no era rico y tenía muchas obligaciones.

—Que la chica se vaya a casa y se olvide de todo esto —dijo Christian tratando de nuevo de que la gente entrara en razón—. Si se casa conmigo, estará atada de por vida.

—No sea tonto —dijo la mujer, apartando la vista de las modificaciones que, bajo su supervisión, se estaban llevando a cabo en la licencia—. Un matrimonio como éste es fácil de disolver.

Christian quiso creer en su rotunda seguridad, pero hasta donde él sabía las bodas se celebraban en las parroquias previa licencia o tras las amonestaciones y luego eran indisolubles. En ocasiones la gente acudía a los tribunales para poner fin a un matrimonio. Pensó

en la bigamia como motivo principal, pero se acordó del caso de un hombre que había bebido demasiado y que al día siguiente al despertarse descubrió que estaba casado. No logró recordar cuál había sido la sentencia de aquel juicio, pero lo que le ocurría ahora era una pesadilla similar.

—Dorcas volverá a casa como mujer casada —declaró la mujer—. Eso no es negociable, así que díganos cómo se llama.

Christian seguía prefiriendo probar suerte con los magistrados, pero la mente le iba a toda velocidad tratando de valorar las alternativas, a cual más sombría. Si acababa ante los magistrados, una docena de personas juraría que había cometido un asesinato y no parecía que la chica fuese a ayudarlo.

Consiguiendo la ayuda de su coronel y su familia evitaría la horca, pero el asunto lo humillaría de por vida y podía perfectamente arruinar su incipiente carrera militar. En cuestión de días su regimiento se disponía a marcharse a Canadá, donde lucharían contra los franceses. Ese montón de catetos no le impediría emprender su aventura ni pelear en nombre del rey y la patria.

Moore estaba muerto; eso no podía ocultarlo, pero probablemente pudiese convencer al coronel Howard de su versión de la historia. Un error fastidioso, pero cada vez que echaba un vistazo a la chica pálida y temblorosa, lo único que deseaba era haber llegado antes.

—Que alguien le dé una manta —dijo Christian con brusquedad.

Al parecer todos se sobresaltaron con sus palabras, pero uno de los esbirros de la mujer sacó la colcha de la cama y cubrió con ella a la chica, al tiempo que le ayudaba a sentarse en un banco.

—¡Su nombre, chico! —le espetó la mujer, devolviendo de golpe a Christian a su insufrible situación.

Si quería escapar, tendría que pasar por esa farsa. Tal como ella le había dicho, no era necesario contárselo a nadie y seguramente un asunto tan forzado podría invalidarse. Había tantos testigos del asesinato de Moore como del abuso que estaba teniendo lugar. Entonces pensó que tampoco era necesario dar su verdadero nombre...

Estaba dejando volar su imaginación cuando recordó la broma que había hecho al darle su apellido, Hill. ¡Eso le pasaba por hablar

más de la cuenta! Se quedó en blanco, lo único que podía hacer era cambiar el nombre de «Christian» por otro más común.

—Jack Hill —dijo. Debía de haber centenares de hombres llamados Jack Hill.

Lo creyera o no, la mujer asintió con la cabeza y devolvió su atención al clérigo, que seguía haciendo modificaciones en el documento. Christian miró otra vez hacia la chica, acurrucada bajo la colcha como un pajarillo tratando de mantener el calor. Le recordó a sus hermanas menores; esperaba que Moore estuviese ardiendo en el infierno. Por muy insensato que hubiera sido por parte de ella fugarse con un sinvergüenza, no merecía aquello.

La tía tenía razón sobre el mágico poder sanador del matrimonio. El año anterior una de sus primas se había fugado con un granuja, luego los habían hecho volver para contraer matrimonio y ahora todo el mundo había olvidado convenientemente su error.

Por el contrario, la señorita Barstowe, que por esas mismas fechas también desapareció con un granuja, al volver con su familia aseguró que había sido secuestrada, y se negó a casarse con aquel hombre. ¿O se trataba de otro hombre, como en este caso? Porque entonces era bastante razonable, aunque lo último que le había llegado a Christian era que la joven estaba viviendo en la sombra, oficialmente seguía formando parte de la sociedad local, pero sus apariciones eran escasas y no acababa de ser verdaderamente aceptada en ningún sitio.

Evidentemente, la tal Dorcas y su tía no pertenecían a la pequeña nobleza, pero a su manera, si podían permitirse una educación escolar y tenían cierto patrimonio, eran una familia respetable con un hogar y una reputación que preservar.

—¿Cómo se llama su padre? —le preguntó el clérigo.

A los hijos se les solía poner el nombre del padre, de modo que Christian dijo:

—John Hill. —De hecho, se llamaba James.

—Me imagino que no estará usted casado, muchacho, ¿verdad?— inquirió la mujer, en un tono que le dio a entender que si lo estaba, peor para él.

—Tengo sólo dieciséis años, ¿recuerda?

—Una buena edad para contraer matrimonio. Prosigamos.

—¿Podrían apartar el cuchillo de mi cuello? —preguntó Christian con prudente serenidad. ¡Qué menos que ser ejecutado con dignidad!

—¿Cómo? —Pareció como si la mujer reparase en el cuchillo por primera vez—. ¡Oh, apartad eso! A menos que le salgan alas, no podrá escapar.

En cuanto el hombre que lo amenazaba con el cuchillo se retiró, Christian se puso de pie y se enderezó el uniforme. Notaba la herida en su costado, pero no era más que un arañazo y parecía que había dejado de sangrar. Aun así le había destrozado su estupendo chaleco.

Solicitó su espada y, tras serle cautelosamente devuelta, la limpió lo mejor que pudo y la enfundó. A continuación sacó una sábana de la cama y la extendió sobre el cadáver de Moore.

Ahora que controlaba más la situación, su tensión disminuyó. Si la mujer insistía en aquella farsa y eso ayudaba a la chica a preservar parte de su reputación, pues adelante. Un enlace oficiado en una posada con un novio bajo nombre falso y un certificado de matrimonio alterado... duraría lo que un suspiro.

—¿Cómo se llama usted, señora? —dijo Christian volviéndose a la mujer—. ¿Y cómo se llama mi novia?

—Soy Abigail Froggatt, y ella es Dorcas Froggatt.

Dorcas Froggatt. Christian se estremeció.

—¿De dónde son? —preguntó tras recuperar la compostura.

La mujer entornó los ojos como si estuviese contemplando la posibilidad de ordenarle que se sentara de nuevo en la silla con un cuchillo en la garganta.

—De Sheffield, aunque no es asunto suyo. Acabemos con esto.

Uno de los esbirros le sacó a la chica la colcha que la envolvía. Tal vez no fuese tan malo, porque trató de rodearla con un brazo. Sin embargo, ella lo empujó y caminó hacia delante con la cabeza bien alta tratando de aparentar dignidad. Aun así había poco que destacar de ella (era huesuda, pálida y de pelo revuelto, y el profuso maquillaje que se había aplicado para intentar aparentar más edad no estaba uniformemente esparcido), pero Christian valoró su coraje.

Se le hizo difícil pronunciar los votos necesarios, porque era un

hombre de palabra y no tenía ninguna intención de querer a esa criatura hasta que la muerte los separase, pero se recordó a sí mismo que no se trataba más que de una formalidad para salvar la reputación de la joven.

Su novia se atragantó al decir sus votos, pero aquel horror de mujer rugió: «Yo, Dorcas Froggatt...», y la chica lo repitió y continuó con el resto. Al cogerle de la mano la notó fría y le pareció tan frágil como el ala de un gorrión. Le puso un aro de metal barato que el clérigo le había proporcionado. Era evidente que aquel hombre se ganaba la vida oficiando enlaces ilícitos, porque iba equipado.

Christian firmó los documentos, al igual que su novia, la tía de ésta y uno de sus hombres. Con gran ceremonia, el clérigo registró el enlace en un viejo libro y luego sonrió como si se tratase de un feliz acontecimiento.

— ¡Que Dios bendiga a la feliz pareja!

— Vayan a brindar por los novios — dijo la señora Froggatt dirigiéndose a los allí presentes. Le dio al posadero unas cuantas monedas y la muchedumbre salió dándose codazos para ver quién era el primero en bajar las escaleras.

Así pues, sin contar el cadáver, quedaron solamente seis personas en la habitación.

— ¿Puedo irme ya? — preguntó Christian con frialdad.

— Todavía no. Tiene usted que redactarme un documento — le dijo la imponente Froggatt al clérigo.

— ¡Que no soy un amanuense, señora!

Abigail Froggatt dejó tres guineas encima de la mesa. Entonces el clérigo abrió el tintero, cogió de nuevo la pluma y se puso a escribir mientras ella le dictaba lo que parecía un breve contrato matrimonial. Los contratos solían redactarse y firmarse antes del enlace, y Christian comprendió que como esposo de la joven ahora gozaba de un enorme poder sobre ella y cualquier propiedad que poseyera; aunque no confiaba en poder ejercerlo.

Miró hacia el banco, donde su esposa estaba nuevamente acurrucada, y le sacudió un instinto protector, que reprimió. Lo mejor sería deshacerse de las Froggatt cuanto antes.

Sin embargo, prestó atención al documento. No firmaría nada a

ciegas. Lo leyó entero para asegurarse de que ponía lo que había oído dictar en voz alta. Así era.

Las propiedades de su esposa seguirían tal como había dispuesto su padre en el testamento. De modo que era una especie de heredera. En lugar de tener Christian derechos sobre esas propiedades, la familia de la joven le entregaría un importe de 30 guineas trimestrales mientras estuviera en el ejército.

Reflexionó sobre ello. 120 guineas anuales era una cantidad sustancial para alguien como él, que vivía de su paga de oficial. Sin embargo, hizo tachar ese apartado por orgullo.

—No me lucraré con esto —dijo al firmar.

Probablemente ese gesto sería del agrado de la monstruosa mujer, pero Christian no quería guardar recuerdo alguno de ese acontecimiento. Abandonaría el país con su regimiento, tal como había previsto, y jamás volvería a pensar en ello. Tal vez, elucubró, los peligros de la guerra pondrían fin a ese matrimonio espurio sin necesidad de ningún tribunal.

De lo contrario, ya se ocuparía más adelante del asunto. Un nombre falso, unas circunstancias anómalas y la falta de consumación necesariamente darían al traste con él. A Hades, el clérigo sobornable, probablemente lo apartaran del sacerdocio.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Christian.

La boca perezosa del hombre se movió como si prefiriese no darle su nombre.

—Walmsly, señor. Walmsly.

Seguramente era mentira, pero daba aún menos validez a la situación. La señora Froggatt firmó el contrato en calidad de tutora de la chica.

—Ya puede irse —le dijo entonces a Christian.

Sólo para fastidiar, Christian se volvió hacia a la joven con la intención de darle al menos un beso en la mejilla, pero su cara de desgraciada hizo que fuese incapaz. De nuevo tuvo la sensación de que debía rescatarla; al fin y al cabo, era su marido... ¡Bah, y un cuerno!

Se giró y salió de la habitación, decidido a olvidar esa última hora. Sería la última vez que jugara a ser el Galahad salvador de damiselas en apuros.

Capítulo 1

Londres

Diez años más tarde

Grandiston!

El grito traspasó incluso las carcajadas y el parloteo del comedor de los oficiales de los guardias reales.

Christian era el vizconde Grandiston desde hacía prácticamente un año, el tiempo suficiente para responder cuando lo llamaban por el título pero no lo bastante como para que le gustara. Además, estaba a punto de irse al teatro con un grupo de amigos.

Al segundo grito se volvió hacia el otro extremo de la sala, llena de humo de pipa.

—¡Qué desastre! —musitó. El comandante Delahew, de mediana edad y mandíbula de bulldog, le estaba haciendo señas. En la actualidad, Delahew era un chupatintas de la administración del regimiento, pero era un soldado robusto y veterano de honorable trayectoria, y por si fuera poco un oficial de rango superior. No se le podía ignorar.

—No os vayáis sin mí —les dijo Christian a sus amigos antes de abrirse paso por la abarrotada sala. ¿En qué detalle del papeleo habría metido ahora la pata? Servir como soldado en tiempos de paz era condenadamente aburrido, sobre todo cuando uno no había conocido más que la acción a lo largo de su carrera—. ¿Señor?

La fulminante mirada de Delahew se tornó en una triste sonrisa.

—Lo siento, no pretendía gritar. Es que hay un ruido infernal aquí dentro. ¿Bebemos algo?

Christian tuvo que aceptar el ofrecimiento y sentarse a la mesa del hombre. Delahew acomodó su pata de madera, y se sentó. Ese tipo de cosas eran la prueba palpable de las consecuencias de una guerra, aunque últimamente a Christian le resultaba emocionante incluso pensar en las heridas.

Estaba empezando a lamentar su traslado a la élite de los Life Guards. Su padre le había instado a hacerlo cuando heredó el condado de Royland. Por lo visto lo consideraba un regalo para Christian, si bien no era ajeno a las ventajas de que gozaba su heredero en la guardia real.

Tras las guerras contra Francia y la India, Christian encaró con optimismo una época de más calma, y quedarse en Londres jugando a ser un galán militar era augurio de diversión. Londres, repleto de buena compañía y damas encantadoras, era el centro del mundo. Estrecharía lazos con viejos amigos, especialmente con Robin Fitzvitry, en la actualidad conde de Huntersdown, y con Thorn, el ilustrísimo duque de Ithorne.

Su nueva vida le divirtió durante una temporada, pero había empezado a ansiar la acción, cualquier acción, cerca o lejos. Pero por desgracia Delahew difícilmente elegiría ese momento para hablarle de algún emocionante destino.

Christian cogió el vaso de vino y tomó un sorbo, con la esperanza de poder zanjar aquello. Había hecho una apuesta con sus amigos para ver quién conquistaba a la actriz principal, Betty Prickett, y Christian era el favorito.

—¿Tiene algún familiar llamado Jack Hill, Grandiston?

Christian devolvió la atención a Delahew.

—Sí, señor.

—¿Está muerto?

—¡Vaya! Espero que no. —Le saltó la alarma. A nadie se le ocurriría enviar a Delahew para informarle de la muerte de un familiar—. Es uno de mis hermanos pequeños. Tendrá unos siete años.

—¡Ah...! —Delahew bebió—. Pensé que quizá podría ayudarme a esclarecer algo.

—Lamento no poder serle útil, señor. —Christian apuró su vaso y rehusó otra copa con la esperanza de que aquello fuese todo—.

Podría preguntarle a mi padre. Tal vez haya un motivo familiar por el que llamó a uno de sus hijos John, porque ése es el nombre de pila de Jack, aunque ahora que lo pienso cuando nació el doceavo ya sólo le quedaban los nombres de los evangelistas.

—¿El doceavo? —Delahew estaba atónito.

—El noveno se llama Matt, señor, luego están Mark, Luke y Jack.

—¿Están todos vivos?

—Sí, mis padres no han perdido ningún hijo.

—¡Doce! —exclamó Delahew meneando la cabeza. Quizá fuese por admiración, pero Christian intuyó que le parecía una barbaridad.

—De hecho, somos trece, señor —dijo Christian, frotando la herida con sal—. Benjamin tiene tres años.

Se hizo el silencio. Christian miró hacia la puerta. Sus amigos se estaban yendo.

—¿Ese tal Hill está en apuros, señor?

—No, no. —Delahew movió su prominente mandíbula como si estuviese mascando carne fibrosa—. Ha llegado una carta de York en la que piden información sobre un tal Jack Hill, no especifican a qué regimiento ni rango pertenece, pero un oficial ha dicho que murió en Quebec. Sin embargo, en las listas de bajas no consta nadie con ese nombre. Seguramente se tratará de algún asunto de herencias, pero no estoy dispuesto a ordenar que indaguen en los archivos para semejante memez.

—No, por supuesto que no. ¿Recibe muchas cartas de ese tipo, señor?

Las oficinas de la guardia montada se habían convertido en la sede administrativa de todo el ejército.

—De vez en cuando. Y es aún más complicado cuando se trata de un soldado raso. Muchos de ellos son analfabetos, por lo que sus nombres se acaban escribiendo de cualquier manera y, además, suelen alistarse bajo un nombre falso para intentar huir de la justicia o de alguna mujer. —Apuró su vaso—. Contraatacar el fuego enemigo es muchísimo más fácil que el trabajo de despacho, créame.

—Estoy convencido de ello, señor. —Christian consideró que era un buen momento para levantarse—. Le preguntaré eso a mi

padre, pero el apellido Hill es muy común. Puede que esa persona no tenga nada que ver con nosotros.

—Déle recuerdos a lord Royland de mi parte. Siento haberlo importunado.

Christian le mintió y le dijo que en absoluto había sido una molestia, y alcanzó a sus amigos cuando estaban subiéndose en un carruaje.

—¡Venga, sube, bastardo! —gritó Bladerson, que tiró de él para ayudarlo a subir al vehículo justo cuando éste arrancaba—. Aunque levantarás pasiones, porque eres condenadamente guapo y encima futuro conde.

—Si fuese un hijo bastardo no podría heredar ¿no? Lo que me simplificaría muchísimo la vida, porque no sería el objetivo principal de todas esas cazamaridos.

Todos los jóvenes soltaron teatrales gemidos.

—Y nosotros sin siquiera poder sacárnoslas de encima —dijo el gordito Lavalley—. Las pesadas de las actrices parece que crean que los oficiales de la guardia están a sus pies.

—Pues a mí no me importaría que me echara el lazo una cazamaridos acaudalada —dijo Greatorix—, pero lo que quieren es un título.

Ciertamente, pensó Christian, apretujado en un rincón y con un codo ajeno clavado en las costillas. Más aún, un título venido a menos atraía a las herederas sin escrúpulos como un conejo herido a un zorro.

Él no era en absoluto más rico que antes. El condado había incrementado las rentas de su padre, pero necesitaba hasta el último penique para sacar adelante a 13 hijos.

Por eso la presencia de Christian en la corte y en la cúpula del poder debería beneficiar a la familia. Siempre había algún destino jugoso, privilegio o sinecura de los que aprovecharse. En ese sentido estaba dispuesto a hacer su mejor papel, pero era reacio a la última estrategia de su padre: usar a Christian de anzuelo para atraer a una rica heredera al redil.

Desechó ese pensamiento decidido a disfrutar de la velada. La obra fue magnífica y la puesta en escena debidamente procaz. En el

camerino hizo progresos con la bella Prickett, pero ésta aún no estaba dispuesta a dejarse atrapar.

No fue hasta después, mientras volvía a casa felizmente borracho en otro carruaje abarrotado, que la pregunta de Delahew lo asaltó de nuevo.

— ¡Por Zeus!

Había demasiado jaleo como para que la mayoría lo oyera, pero Arniston, apretujado contra él, le dijo arrastrando las palabras:

— Hill, si vas a vomitar, hazlo hacia el otro lado.

Christian lo ignoró, el nombre de «Jack Hill» reverberaba en su mente. Era el nombre que había dado para aquel absurdo enlace de hacía... ¿cuántos años? Su cerebro encharcado se resistía a la aritmética, pero fue justo antes de zarpar en barco. Sí, hacía algo más de 10 años, aunque había vivido todo ese tiempo como si nunca hubiese sucedido.

La muerte de Moore fue notificada como el resultado de una pelea entre borrachos con un adversario anónimo. Una gestión de la señora Froggatt, seguramente, cosa que Christian cuando menos le agradeció. En el regimiento nadie había cuestionado la historia. Todo el mundo dio por sentado que los familiares vengativos de la joven habían querido perjudicarlo y al conocerse que ésta sólo tenía catorce años todos habían aplaudido la hazaña.

Catorce años. Cuando corrió el rumor de que había tenido lugar cierto enlace matrimonial, se dio por sentado que Moore se había casado con ella y que su muerte había puesto fin al mismo. Al cabo de pocos días, el regimiento empezó a hacer los preparativos para el viaje y ahí quedó la cosa.

Luego llegó el largo viaje por mar, la mitad del cual Christian lo pasó mareado como un perro, y la emoción de un nuevo mundo además de las exigencias que requería aprender a liderar y a pelear. En algún momento dado recibió una carta de la tía, en la que le comunicaba que la chica había muerto. Christian lamentó que hubiese vivido tan poco, pero fue incapaz de sentir nada más profundo. Después de aquello, no había vuelto a pensar en el asunto; hasta ahora.

Había alguien en Yorkshire preguntando por Jack Hill. Era im-

posible que hubiese conexión alguna, pero le daba mala espina y había aprendido a hacer caso de su intuición.

¿Y si lo que ponía en la carta era mentira y su esposa seguía viva? No quería estar casado. Haberse criado en una finca de modestas dimensiones repleta de niños prevenía a uno contra ello, y una de las ventajas de tener siete hermanos varones sanos era que su padre jamás lo había presionado en ese sentido. Hasta ahora... pero no para garantizar la continuidad del linaje, sino para asegurar la fortuna familiar casándose con una mujer acaudalada.

Christian sabía que el dinero no era lo único que motivaba a su padre. Cuando el conde fue a la ciudad para acudir al parlamento, sacudió la cabeza al descubrir la «soledad» de su hijo (¡santo Dios, ni que fuese tan difícil entender cómo era la vida en los barracones!) y la ausencia de calor femenino. Christian no creía que su padre fuese tan ingenuo como para pensar que era célibe, de modo que supuso que se refería a la vida hogareña y la descendencia.

Le recorrió un escalofrío. Sus padres eran unas personas adorables y una pareja enamorada, tanto se querían que no paraban de tener hijos. Después de él habían nacido Mary, Sara, Tom, Margaret, Anne, Elizabeth y Kit. Luego llegaron Matt, Mark, Luke y John, fáciles de recordar, y finalmente Benjamin, el último. O eso esperaba, porque seguramente su madre ya no estaba en edad fértil.

No tenía ningún recuerdo de su reinado en soledad como primogénito, pero recordaba perfectamente que cada dos años había nacido un bebé, que reclamaba atenciones y contribuía a llenar la casa cada vez más. No era de extrañar que aprovecharse para huir cuando se presentó la oportunidad.

Tenía entonces diez años y Lisa berreaba en la cuna cuando los tutores del joven duque de Ithorne, uno de los cuales era tío de Christian, fueron a hablar con su padre. El padre de Thorn había fallecido antes de su nacimiento, de modo que vino al mundo siendo duque e hijo único. Sus tutores tardaron en darse cuenta de que necesitaba un compañero de juegos y Christian fue el elegido.

Recordaba las lágrimas de sus padres, pero estos entendieron que era una valiosa oportunidad. La insensibilidad de la niñez hizo que Christian no sintiera más que la emoción de la aventura. Se fue

hasta el castillo de Ithorne y allí, rodeado de tanto espacio como uno pudiera desear así como de todo lo demás: caballos, barcos, armas, viajes..., se convirtió en el hermano adoptivo del joven duque. De Thorn.

En ese momento estaba en la ciudad y su sensatez podría serle útil. Mañana iría a hacerle una visita y le plantearía el tema. La pregunta de Delahew debía de ser una absurda coincidencia. Era imposible que aquella antigua esposa estuviese revolviéndose en la tumba.

— ¡Vamos, Hill! — Alguien lo zarandeó con fuerza—. Despierta.

— No estoy dormido, y me llamo Grandiston.

— Vale, perdona, como quieras Grandstandandiston.

¡Dios! Era Pauley, el alcohol le volvía susceptible.

— Tranquilo, Pauley. Como bien decías, estaba adormilado y he tenido un sueño extraño. He soñado que estaba casado.

Entre gritos de alarma el carruaje se balanceó y cuando se detuvo, el grupo de jóvenes solteros se bajó entre carcajadas y se fue a la cama haciendo eses.